

sión de que su nombre no goza de la celebridad que cabría esperar. Quizá porque la prosa de Porcel resulta perfectamente inteligible y no es en absoluto hermética o críptica. Y en los últimos tiempos parece haberse impuesto la siguiente correspondencia: claridad = superficialidad; oscuridad = profundidad. Sea como fuere, un libro como *Difuntos bajo los almendros en flor* (3) no es corriente en la literatura peninsular de nuestros días. Y su elección por mi parte como punto de referencia para las líneas que siguen, responde al convencimiento de que se trata de la obra más lograda, madura y característica del escritor mallorquín.

Desde su mismo título, Baltasar Porcel nos anuncia haber escrito una elegía a un mundo en trance de desaparición, engullido por la mecánica de la sociedad de consumo; un mundo rural en contacto directo con la Naturaleza, en el que aún son posibles fantásticas aventuras, en el que cabe los imprevisibles, la invención y cierta sutil poesía emanada directamente del alma popular. A lo largo de los treinta y dos capítulos del libro,

(3) Ediciones Destino. Barcelona. 201 páginas.

un narrador, que a veces —la mayoría— interviene como actor en la acción y otras se esconde tras la tercera persona, va desgranando una especie de memoria colectiva, al modo de cronista de una comunidad en la que los grandes sucesos pasan a formar parte de la vida cotidiana con la más completa naturalidad. Porque al igual que el narrador mantiene siempre un cierto distanciamiento (nunca es protagonista, sino oyente, testigo, transcriptor o mero acompañante), en los personajes que pueblan el libro se manifiesta también cierto desapego hacia el mundo en el que viven y mueren, en el sentido de que se identifican de tal modo con él, que lo relacionan como una parte del propio yo, un yo que se diluye y a la vez se multiplica por una carencia absoluta de reflexión existencial o filosófica, manifestándose siempre por medio de la acción, quedando justificadas sus opciones por implícitos razonamientos, a menudo complejos, pero nunca desprovistos de un asombroso sentido común. Esta total identificación entre personaje y entorno es lograda mediante una técnica muy clara: la descripción sensual de todo

cuanto el elemento humano percibe a través de los sentidos. Es una identificación casi animal: hombre y entorno se modifican mutuamente en busca de la simbiosis total. Claro que ésta no se produce a menudo, en cuyo caso quien sucumbe siempre es el hombre.

No cabe duda de que Porcel ha echado mano de recuerdos personales, pero también, y sobre todo, de viejas consejas populares, dichos, acontecimientos que fluctúan en la nebulosa que separa la leyenda de la historia, la fantasía de la realidad más grosera. Ninguna novedad temática, pues, por más que el pintoresquismo de ciertos personajes y situaciones, los ramalazos costumbristas y la detallada descripción del paisaje nos obliguen a una localización concreta, que de todos modos puede hallar sus equivalencias. Donde Porcel logra singularizar su obra es en el tratamiento literario dado a un material común y hasta trivial. El narrador —se identifique o no con el autor— no emite juicios ni opiniones. La pasión en muchos momentos barroca de la prosa contrasta con la presentación casi antropológica —por lo deliberadamente objetiva y desapasio-

nada— de los hechos y personajes. Este contraste se pone también de manifiesto en el lenguaje que Porcel utiliza en el libro: por una parte, descripciones líricas de una notable calidad plástica, aunque evitando siempre cualquier disgresión retórica; por otra, expresiones crudas y a veces brutales para presentarnos hechos o sucesos que serían traicionados por cualquier eufemismo. Todo ello bañado en un suave tono irónico más nostálgico que mordaz.

No sé si cabe decir que el libro —al que seguramente algunos etiquetarían como novela, sin que por mi parte haya empeño en decir lo contrario— no tiene argumento ni «anécdota» que progresen dramáticamente: cada capítulo narra un hecho notable o curioso ligado a un personaje concreto, que se erige en protagonista por unas pocas páginas, para luego desaparecer o reaparecer en muy segundo término en otros pasajes. La unidad del libro viene dada, pues, por la común localización de las historias en un entorno definido, y, sobre todo, porque el conjunto (la cada vez más alta suma de «difuntos bajo los almendros en flor») constituye un valioso documento literario sobre la existencia y agonía de ese mundo a que antes hice referencia.

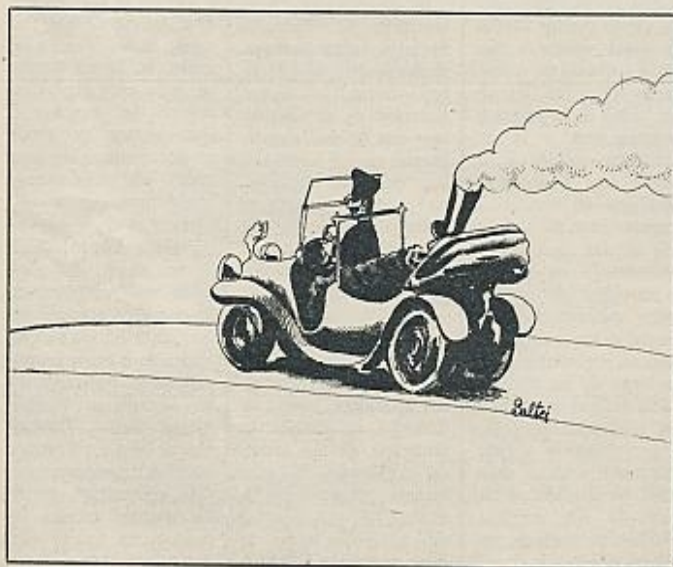
La traducción castellana de la obra se debe al propio Porcel, que utiliza su segunda lengua con gracejo, desgarro o sapiencia, según convenga. No sé si la frecuente supervivencia de giros sintácticos más propios del catalán que del castellano se debe a descuido, o son más bien producto de la expresa voluntad del escritor en su búsqueda de un lenguaje rigurosamente personal. Me inclino por la segunda hipótesis, aunque en tal caso me confieso incapaz de discernir si los resultados obtenidos justifican el experimento. ■ MARTIN VILUMARA.

La falsa ruta: el ideario de Valls y Taberner

Como es sabido, la posición de las diferentes organizaciones políticas vinculadas a un nacionalismo o regionalismo burgués ante el levantamiento del 18 de julio, no pudo ser más heterogénea. Mientras circunstancias militares privaron a los grupos galleguistas de toda opción, los nacionalismos vasco y catalán tuvieron cierto margen para escoger el bando de sus preferencias o, cuando menos, el que para sus objetivos políticos entrañaba el mal menor. En el caso vasco, no sin dudas, defecciones y aun adhesiones obligadas al alzamiento (casos del Najar y el Araba-Buru-Batzar), el Partido Nacionalista Vasco eligió la vía coherente, pero difícil, de un alineamiento con el Frente Popular. La marginación de la gran burguesía industrial y financiera respecto al movimiento nacionalista, había aclarado previamente muchas cosas, en especial después de octubre de 1934. En cambio, en Cataluña, la burguesía regionalista, unida a la Lliga, tuvo que renunciar a todo un sistema de valores, culturales y políticos, para adecuar su comportamiento en la crisis al interés dominante de clase. En su biografía de Cambó, el historiador y antiguo cediasta Jesús Pabón deja sin esclarecer muchos puntos del problema, que, sin embargo, habían sido ya apuntados en el libro de J. M. Fontana, *Los catalanes, en la guerra de España* (1951), sobre el que articuló su esquema interpretativo más tarde Antoni Jutjar, en *Els burguesos catalans* (1966), y que aún ha servido como fuente de primera importancia para el reciente libro de Molas sobre la *Lliga Catalana* (1972).

El propio Molas describe con precisión este proceso de adaptación de la burguesía regionalista al nuevo estado: «En general, la incorporación de los elementos de la Lliga Catalana al gobierno de Burgos fue total... No obstante, el apoyo de los dirigentes de la Lliga a la causa nacionalista no dejaba de tener ciertas características que les impedían mantener una postura coherente. El esquema político que sostenían no solamente no coincidía con sus aspiraciones programáticas (si bien, satisfacía sus necesidades mínimas de clase), sino que les impedía actuar en él sin la previa renuncia a su postura ideológica catalanista. La intervención en el gobierno de España entraba ahora claramente en conflicto con el catalanismo».

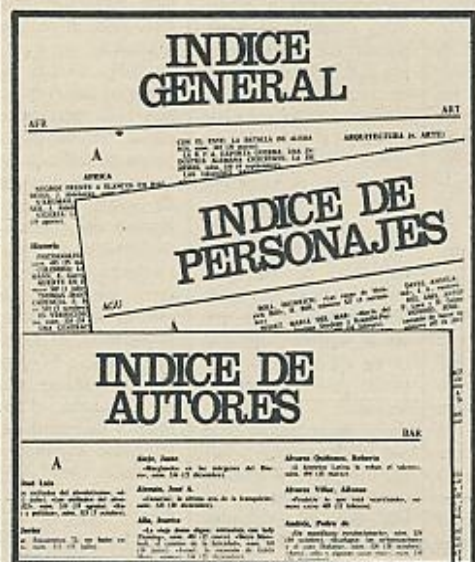
Pocas figuras podrían personificar este proceso de renuncia mejor que el medievalista y político Fernando Valls y Taberner, hombre que con Abadal había contribuido a la elaboración historiográfica de base para el partido de Cambó, y que ya en 1934, en Las horas confusas había marcado con toda precisión, incluso cronológica, el punto de inflexión en la trayectoria que había de llevarle a invertir la imagen del regionalista desterrado por la Dictadura: «Hace falta, creo, tener en cuenta que el catalanismo no lo es todo, ni es antes que todo... Es preciso también salvar dentro de Cataluña el sentimiento ancestral de patriotismo español, considerado como ampliación natural y complemento necesario del patriotismo catalán. Hace falta, por tanto, adoptar francamente un revisionismo de la concepción política al uso, con todas sus consecuencias, de cara a la realidad, sin temor a la verdad, pensando primordialmente en la defensa de los intereses permanentes de Cataluña, en la conservación de sus valores sustancia-



SOLO HASTA EL 31 DE JULIO



«TRIUNFO» HA CONFECCIONADO UN INDICE, CORRESPONDIENTE A LAS MATERIAS PUBLICADAS DURANTE 1972, QUE HEMOS ENVIADO GRATUITAMENTE A TODOS LOS SUSCRIPTORES DE LA REVISTA.



SI USTED SE SUSCRIBE A

triunfo

ANTES DEL 31 DE JULIO PROXIMO, RECIBIRA GRATUITAMENTE UN EJEMPLAR DEL INDICE 1972. PARA ELLO, BASTARA CON QUE NOS REMITA EL BOLETIN QUE FIGURA EN LA PAG. 54.

ARTE • LETRAS •

les» (En las horas confuses, pág. 61). Por sí solas, las ideas nacionalistas pueden producir «un desvario exaltado, un furor intemperante, una pasión revolucionaria». El círculo se cierra en plena guerra —en algunas de sus conferencias nacionalistas definirá la lucha en términos de «afirmación y negación, sentimientos de amor a la tradición patria, a la religión y al pueblo, por un lado; impulsos de odio, de segregación y de destrucción, por otros—, y culmina con los artículos escritos con ocasión de su regreso a Barcelona, en el invierno de 1939. «Cataluña —escribía— ha seguido una falsa ruta y ha llegado en gran parte a ser víctima de su propio extravío. Esta falsa ruta ha sido el nacionalismo catalanista».

Desde semejantes perspectivas, la reconstrucción de la trayectoria ideológica de Valls y Taberner aparece como una tarea histórica de gran interés. Tal vez por eso es aún más evidente la frustración que entraña la recopilación de textos que acaba de efectuar Antonio Alvarez-Solís bajo el título de *Ideario de Ferrán Valls y Taberner* (Doposa, 1973). En primer lugar, porque el intento de «recuperación» del autor ha primado claramente sobre la fijación de una trayectoria cuyos puntos fundamentales debieran haberse incluido en forma inexcusable. No figuran los textos de la guerra y la posguerra, y la articulación de los anteriores, casi siempre ofrecidos de manera fragmentaria, no va más allá de una sucesión de actitudes. Creo que en la antología de un pensador político han de buscarse sus categorías básicas, en evolución a lo largo de su obra, y no la actitud respecto a un fenómeno histórico o la referencia aislada que puede o no ser marginal en relación al núcleo de sus escritos. Muchos pensadores pudieron aceptar la Repú-

blica o decir dos frases positivas respecto a la constitución británica, sin que por eso su actuación y su ideología fueran ni republicanas, ni siquiera liberales. Además, curiosamente, la misma antología ofrece textos que si son suficientemente amplios y representativos sobre la concepción de Valls respecto a la historia en general y la historia catalana en particular. ¿Por qué no haber seguido el mismo camino con las manifestaciones políticas? Una última observación debe hacerse sobre la tendencia a explicar las contradicciones, insuficiencias o defecciones de figuras políticas ante una crisis en términos de dolor, tristeza y sufrimiento. Pienso que se ha querido mostrar una ejemplaridad donde había una fractura: de ahí tal vez el extraño fenómeno del doble prólogo del *Ideario* comentado, a cargo de Alvarez-Solís y de Antonio Jutglar que, en su nota introductoria apenas hace otra cosa que demarcar respecto a las páginas que la siguen.

■ ANTONIO ELORZA.

La objeción de conciencia en España

Mi colaborador en el Instituto de Técnicas Sociales, Jesús Jiménez, acaba de publicar un libro —como fruto de sus trabajos en el Instituto— que se está convirtiendo en un «best-seller» del país. La editorial Cuadernos para el diálogo publica este libro con el título de «Los Objetores de Conciencia en España».

Tema de la máxima actualidad y de la máxima necesidad.

La simple lectura de los apéndices, donde se describe en detalle la situación de los actuales objetores de conciencia privados de libertad, es significativa del problema que se hace necesario resolver.

Como lo han resuelto en la mayoría de los países cultos.

Sin embargo, el balance es sorprendente, porque en febrero de 1973 solamente había cuatro objetores de conciencia católicos en prisión y, en cambio, sumaban doscientos sesenta y cuatro los Testigos de Jehová que también estaban privados de libertad, uno de los cuales lleva once años en prisión, ya que las condenas reiteradas por resistirse a hacer el servicio militar armado, lleva —dentro de la actual legislación— a esa anómala situación que requiere ser resuelta cuanto antes.

El libro está escrito en forma amena y popular, a pesar de la mucha documentación que contiene, y nos va, poco a poco, introduciendo en el tema de la objeción de conciencia al servicio armado.

Se parte en el libro de la postura no violenta que crece entre católicos, aunque todavía sea muy tímida. Se echa a faltar, sin embargo, algún trabajo sobre las raíces en el primitivo cristianismo de esta actitud no violenta, que sería muy interesante conocer por parte de los que son cristianos.

El resto está más desarrollado, resultando de gran interés los numerosos datos aportados, e incluso el diálogo con el dirigente de los Testigos, señor Orzacz, quien, en forma sintética, pero muy expresiva, retrata las razones y convicciones de este grupo cristiano tan combatido por otros grupos evangélicos.

Hace el libro sus incursiones sociológicas de vez en cuando; y resulta muy interesante lo que dice a propósito del término «secta», aplicable a estos grupos religiosos radicales en su literalismo bíblico. Aclara Jesús Jiménez que si bien los Testigos sociológicamente se pueden encuadrar dentro del término técnico de «secta», no quiere esto decir que esta palabra